



JOSÉ SABORIT



José Saborit es pintor y escritor. Catedrático de Pintura de la Universidad Politécnica de Valencia y Académico numerario de la Real Academia de San Carlos de Valencia. Ha realizado, entre otras, las exposiciones *Con el aire* (Centro de Carmen, Generalitat Valenciana, 2018) *Más al Sur* (IVAM, 2012), *Mientras la luz* (O_Lumen, Madrid, 2018). Entre sus libros de ensayo destaca *Retórica de la pintura* (con Alberto Carrere, Cátedra, 2000) y *Lo que la pintura da* (Pre-Textos, 2018); entre sus libros de poesía *Flor de sal* (Pre-Textos, 2008), *La eternidad y un día* (Pre-Textos, 2012), *La misma savia* (XXX Premio de poesía UNICAJA, Pre-Textos 2016), *Carta al hijo* (Banda Legendaria-Veintiuniversos, 2017), *Con los ojos de nadie* (Pre-Textos, 2021). Recientemente se ha publicado *Perspectiva aérea* (Pre-Textos 2022), un diario que discurre entre la narración, el ensayo y la poesía.

CELAJE

Manchado de pintura tu reloj
pasa ya de las siete,
y esa luz cenital
que ilumina tu mesa y tu paleta,
se va desvaneciendo muy despacio.

La tarde se te ha ido en el estudio
pintando un gris celaje de dos metros.
Sobre blancos empastes bien cuajados
vertiste veladuras
delgadas como un soplo y desprendiendo
la carga del pincel
quisiste hacerte aire con el aire,
liviana pincelada, azul destello.

Embriagado en la danza
que mueve los colores en la tela
y por el dulce efluvio
de tanta trementina derramada,
has salido a la calle y caminando
has alzado tus ojos,
y al ver los resplandores de la tarde
cobrizos, soberanos, intangibles,
al ver la luz precaria, desertora,
fugándose entre nubes y ventiscas
del marzo vagabundo que nos lleva,
has bajado la cara con vergüenza
comprendiendo lo absurdo del empeño
que movía tus manos sobre el lienzo.

CHARCO

En el agua estancada,
en el vientre del turbio barrizal,
los humores sin cauce, anegadizos,
hechizaron sus ojos
allí donde las algas se deshacen
en el lodo profundo.

Aquellos humedales
hundieron su mirada
en promesas de caos,
en las brumas inciertas del origen,
y vio cuajarse todo
en un ahora eterno a flor de agua
refluyendo en la clara superficie.

Vio el espejo del mundo,
la réplica del cielo transitando,
las veleidosas nubes,
las estrellas remotas de otros tiempos,
los vastos movimientos migratorios
de las aves de paso,
vio las hojas cayendo del otoño,
y en el último instante
vio su propio reflejo
deshacerse en el agua.

TIEMPO AMARILLO

Devuelve el blanco al mundo
la luz que en él incide.

Mas no todo es reflejo:
todo blanco se mancha,
se tiñe de color, amarillea.

El destino del blanco es amarillo
y el nuestro es encalar, cubrir de nuevo,
seguir recomenzando sin descanso
para que el sol refleje cada día,
hasta que el sol derrita
nuestro tiempo,
 y los huesos
den en tierra,
 y su cal
se pierda entre la arena que perdimos.

El destino del blanco es amarillo:
no amarillo solar,
sino amarillo tiempo.

CÉZANNE

Sobre esta tierra roja impenetrable,
sobre esta arcilla seca de la infancia,
con cada nuevo paso se desanda
lo que al hombre doblega con su peso:
la memoria vencida del camino.

Crujen cardos marchitos, ruge el sol,
reclama para sí más verde nuevo
y a lo lejos,
ese siena tostado entre los verdes
pinares que tapizan la montaña
nos dice que murieron
de sed algunos pinos.

A ras de suelo pámpanos,
racimos polvorientos
y al lado de la casa
las cenizas templadas y un trípode dormido.

En el aire la aguja
nítida de septiembre
y el horizonte en vilo.

Un zarzillo se enrosca
y el paseante sueña:
el último paseo es el primero.

A LO LEJOS

Desde la bayas negras
a la cresta del monte
tensa el ojo su mimbre
y aún no ha cantado el gallo.

Con las manos manchadas
por la primeras luces
se despereza brusca
la codicia del tacto.

Qué fácil es ceder
a tanto asentimiento
y qué extravío.

Cuanto cierra la diestra
en apretada piña
se deshace y es polvo,
resbala entre los dedos.

Con las manos manchadas,
no hay posesión que valga
lo que vale la suerte
de mirar a lo lejos.

VENCEJOS

Cada grito, una espina
de esa inmensa corona
que su vuelo dibuja
sobre nuestras cabezas.

La espina que rebrota y reverdece
con cada primavera:
la espina del deseo.

La espina de escuchar
y alzar la vista y ver

y no ser vuelo.